

TRANSFORMACIONES FAMILIARES Y DOMÉSTICAS

Las mujeres protagonistas de los cambios

*Maria de la Paz López**

Los cambios ocurridos en las familias y los hogares en las últimas décadas no se limitan a la forma que asumen en términos de su estructura parental. Sus transformaciones se dan en una amplia gama de situaciones que hoy día nos muestran familias y unidades domésticas más diversificadas en su dinámica y composición interna. Tales modificaciones se explican por una conjunción de factores de índole diversa, desde las relativas a los fenómenos sociodemográficos y económicos, hasta las ocurridas en la esfera cultural, en el ámbito de las representaciones, ideales y aspiraciones de la población. En conjunto, éstas han orientado los aspectos prácticos del comportamiento y las relaciones de los miembros de las familias, alterando sus posiciones y roles.

Las estadísticas disponibles ponen de manifiesto no sólo variaciones relativas en cuanto a la estructura y composición hogareña y familiar sino también la continuidad de determinados tipos de arreglos familiares (Tuirán, 1994). Por un lado, en los últimos veinte años se aprecia una ligera disminución en los hogares de tipo nuclear y el consecuente incremento de hogares extensos y de personas solas. En 1976 el porcentaje de hogares nucleares era de 71% (EMF, 1976), mientras que para 1995 representaba 68.4% (ENAPLAF, 1995); la proporción de personas solas pasó de 4.2 a 5.4% en el mismo periodo. A pesar del decremento en la proporción de los hogares nucleares, los de tipo monoparental muestran una tendencia ascendente (de 6.8% a 8.5%); en cambio, las unidades domésticas conformadas por ambos padres y sus hijos (nucleares conyugales) disminuyeron de 58.1 a 52.8% en el mismo periodo.

Otro cambio que sobresale es la creciente proporción de hogares dirigidos por

mujeres (de 13.5% en 1976 a 17.6% en 1995). La prevalencia de estos hogares es mayor en las áreas más urbanizadas, donde llegan a representar alrededor de 20%.

Uno de los cambios más importantes de tipo estructural, ha sido la reducción del tamaño de los hogares,¹ explicado, en gran medida, por el descenso de la fecundidad. Un factor evidente detrás de este hecho demográfico es el incremento del uso de métodos anticonceptivos,² reflejado en la disminución del número ideal de hijos que reportan las mujeres. En general, tan-

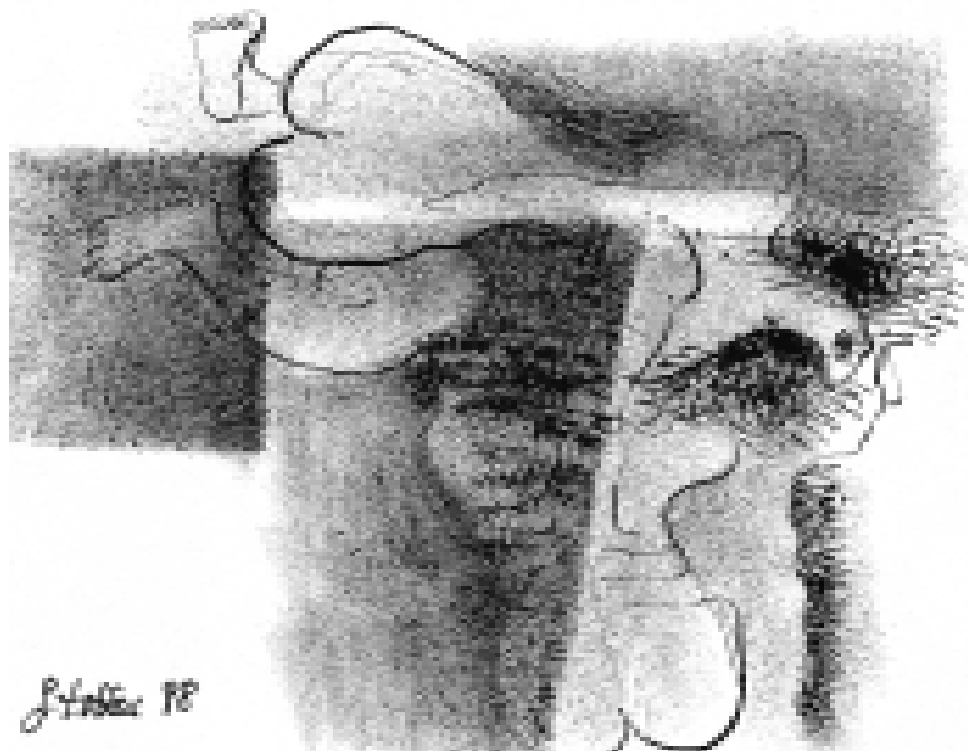
to el cambio en el ideal como en la práctica reproductiva, ha ocurrido de manera más marcada entre las mujeres de 30 a 39 años. Éstas, junto con las mujeres de generaciones más recientes, se han convertido en las protagonistas de los cambios que se aprecian en la esfera familiar. Con una mayor capacidad y habilidad para controlar su vida reproductiva, las mujeres están actualmente en mejores condiciones de participar más en las esferas extradomésticas.

La reducción en el tamaño de las familias ha surtido efecto sobre la organiza-

¹ En el periodo 1970-1995 el tamaño de los hogares familiares pasó de 5.2 a 4.8 miembros.

² La Tasa Global de Fecundidad era de alrededor de 7 hijos por mujer, en 1997 se estima ya en 2.65 hijos

por mujer. En 1976, alrededor de una de cada tres mujeres casadas o unidas en edad fértil regulaban su fecundidad; para 1995 esta proporción aumentó a 66.5% (CONAPO, 1997).



* Consultora UNIFEM, Naciones Unidas.

ción familiar al modificar sus *ritmos de vida*. Por un lado, la carga de trabajo de las mujeres atribuible a las responsabilidades en el cuidado de los hijos disminuyó gracias a la reducción de la prole. Si bien una parte importante de la vida reproductiva de las mujeres transcurre mientras realiza tareas de crianza, este tiempo se ha reducido de manera considerable: en 1970 una madre pasaba alrededor de veinte años con responsabilidades de crianza y cuidado de hijos menores de cinco años; en la actualidad, las mujeres que inician apenas su reproducción experimentarán un descenso de casi ocho años (CONAPO, 1995). Potencialmente, este hecho les permite realizar otras actividades extradomésticas.

Al paso de dos o tres generaciones, el tamaño de las familias también se ha reducido en términos genealógicos: los niños tienen menos hermanos, primos y tíos que los que tuvieron sus padres y los abuelos tienen ahora menos nietos. Asimismo, el alargamiento en la esperanza de vida ofrece la posibilidad de más tiempo de vida en pareja. En la primera mitad del siglo, la vida en pareja se estimaba en poco menos de veinte años; ahora, en ausencia de divorcio o nuevas nupcias, es posible suponer que una persona puede aspirar a vivir más de cuarenta años en vida conyugal (Tuirán, 1994). Este hecho ha tenido también efectos sobre la dinámica conyugal; aspecto tratado en expresiones culturales como el cine y la novela, y ampliamente estudiado desde el campo de la psicología.

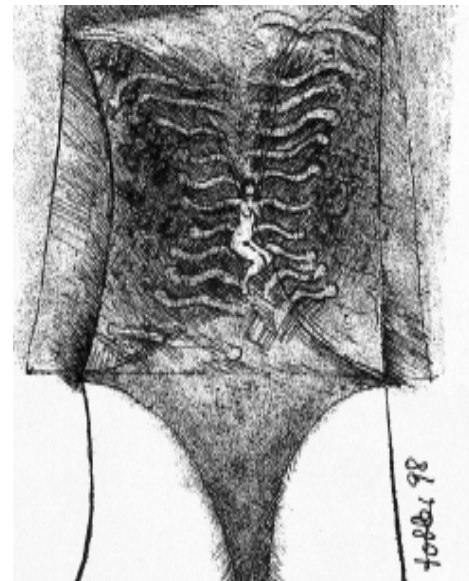
El proceso de envejecimiento de la población y de los hogares muestra ya algunos signos que están impactando la dinámica de las familias. A mediados de los años setenta 18.3% de los hogares estaban dirigidos por una persona anciana, mientras que para 1995 la proporción era de poco más de 20%. Este hecho se explica

en parte por la mayor sobrevivencia de la población. La población senescente viviendo sola también se incrementó: de 7% pasó a poco más de 17% en el periodo. En cambio, la proporción de ancianos viviendo en un hogar con al menos un hijo soltero disminuyó de 28 a 23%. La mayor presencia de personas de la tercera edad en los hogares tiene implicaciones sobre la división del trabajo hogareño, ya sea por la vía de disminuir las cargas por la presencia de una persona adulta adicional en el hogar —en general una mujer— que puede colaborar en el trabajo doméstico, o aumentándolas por cuidado de ancianos con problemas de salud o deterioro funcional; en tales casos, la carga económica adicional también puede generar transformaciones en la dinámica del hogar.

Otro aspecto de suma relevancia en el conjunto de transformaciones familiares es el que se observa en el nivel de los individuos y su interacción en los hogares y las familias. Tales transformaciones aluden a su dinámica y organización.

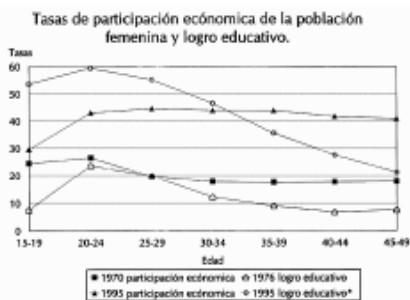
De forma relevante destacan cambios relativos a la situación de la mujer en el hogar y la familia. En un lapso de veinte años, el incremento del nivel educativo de las mujeres ha sido considerable; aquellas de entre 15 y 29 años que han logrado terminar sus estudios secundarios, representan actualmente, más de la mitad en el conjunto de las mujeres de sus respectivas generaciones. Este hecho, sin duda, está vinculado con otro que ha colocado a las mujeres en la esfera extradoméstica: su creciente inserción en el mercado de trabajo (en veinticinco años su participación económica pasó a más del doble).³ Este incremento, junto con el de su nivel educativo, constituye uno de los hechos más sobresalientes que han trastocado la situación de las mujeres en las familias. Algunas investigaciones han puesto en evidencia que ambos fenómenos dependen no sólo de las circunstancias personales y familiares de las mujeres, sino que están condicionados por la organización socioeconómica y por los valores culturales que se transforman, propiciando la entrada de las mujeres en espacios antes vedados.

A la situación descrita se suma otra más reciente: una mayor permanencia de las mujeres en la fuerza de trabajo en los tramos centrales de sus vidas, es decir, una



menor restricción relativa de la práctica reproductiva sobre la participación económica femenina (García y Oliveira, 1994).⁴ Un elemento presente en esta tendencia es la pérdida en la primacía del hombre para proveer a la familia de un ingreso que logre cubrir las necesidades de los miembros. Situación que se da en un contexto de deterioro constante del poder adquisitivo del salario y que ha orillado a un gran número de familias a redimensionar y reelaborar sus proyectos familiares y organización doméstica, enviando más miembros al mercado de trabajo, sobre todo mujeres, entre las cuales es cada vez menos notorio el desbalance entre sus roles. No obstante que su contribución económica al presupuesto de muchas familias es fundamental,⁵ la presión sobre el tiempo de trabajo de las mujeres es continua.⁶

En este tenor, la salida de las mujeres al mundo público del trabajo ha propiciado la modificación o redefinición de las posiciones y roles entre los miembros del grupo doméstico; en muchos casos suele constituir una fuente de tensión adicional en la familia, especialmente entre la pareja (Gar-



* Con secundaria o más.

Fuentes: Pedrero, M. *Dinámica demográfica de la población económicamente activa*. México: CEIM-UNAM, 1995; Encuesta Mexicana de Fecundidad, 1976; Encuesta Nacional de Empleo, 1995 y Censo de Población, 1995.

³ Ésta pasó de 17.6% en 1970 (Pedrero, 1995) a 35% en 1995 (INEGI/STPS, 1997).

⁴ La tasa de participación entre las mujeres casadas o unidas alcanzó casi 30% en 1995, mientras que entre las divorciadas y separadas fue de 68.9% y 73.9%, respectivamente (INEGI, 1996).

⁵ En uno de cada cinco hogares la principal contribución económica la hace una mujer; en 10% de ellos la única contribución económica es la de una mujer (Programa Nacional de la Mujer, p. 47).

⁶ De las mujeres activas, 90.5% realizan trabajo doméstico. Los hombres activos lo hacen en 62.4% de los casos, dedicando 40 horas a la semana en promedio al trabajo extradoméstico, frente a las 32.7 horas de las mujeres; ellos invierten 11.9 horas en el trabajo hogareño, en contraste con 28.4 de las mujeres. (INEGI-STPS, 1996).

cía y Oliveira, 1995).⁷ A ello se agregan obstáculos que enfrentan las mujeres para obtener ayuda o financiar la atención y cuidado de sus hijos, lo cual inhibe su capacidad para tomar ventaja de las oportunidades de trabajo y educación.

La combinación de cambios referidos ha puesto en tela de juicio la tradicional división de tareas (el hombre proveedor y la mujer responsable exclusiva de las actividades reproductivas y servicios domésticos) asimismo, han trastocado posiciones de autoridad y poder que tradicionalmente eran del hombre.

Así pues, frente a situaciones cada vez más difíciles e inciertas, las familias despliegan mecanismos que les permitan reducir su vulnerabilidad económica a través de la recomposición de la estructura familiar y la diversificación de roles de los miembros. Y aunque en muchos casos el reposicionamiento de las mujeres agudiza situaciones de tensión familiar, nos encontramos ante un proceso que parece irreversible, en el que las mujeres desempeñan un papel protagónico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CONAPO, 1995. *Encuesta Nacional de Planificación Familiar*. México: CONAPO.
- _____, 1995. Programa Nacional de Población, México. México: CONAPO.
- _____, 1996. *Indicadores Básicos de Salud Reproductiva y Planificación Familiar*. México: CONAPO.
- _____, 1997. *La situación demográfica en México*. México: CONAPO.
- DGE/SPP, 1976. *Encuesta Mexicana de Fecundidad, 1976*. Dirección General de Estadística, Secretaría de Programación.
- García, B. y O. de Oliveira. *Trabajo femenino y vida familiar en México*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y El Colegio de México.
- INEGI/STPS, 1996. *Encuesta Nacional de Empleo*. 1995. México: INEGI.
- Poder Ejecutivo Federal, 1996. *Alianza para la igualdad, Programa Nacional de la Mujer, 1995-2000*. México: Secretaría de Gobernación.
- Tuirán, Rodolfo, 1994. "Familia y sociedad en el México Contemporáneo", en Número especial *Retrato de Familia*. México Fundación Cultural Televisa. **Demos**

⁷ Esta tensión puede derivar ya sea en un conflicto de pareja o en la renegociación de los roles, de las tareas y responsabilidades, dependiendo de la posición de la mujer en la familia y de factores asociados con el sector social de pertenencia (García y Oliveira, 1995).

AJUSTE ESTRUCTURAL Y DINÁMICA DEMOGRÁFICA

La población, la economía y la sociedad

Carlos Welti Chanes*

Este artículo constituye una referencia a la dimensión demográfica de los procesos de cambio social asociados a las políticas económicas realizadas en México para enfrentar la crisis que se presentó a principios de los años ochenta y que, más allá de acciones coyunturales iniciadas con programas de estabilización, que buscan disminuir el déficit en la balanza de pagos y los niveles de inflación, han dado lugar a medidas de ajuste cuyo objetivo es disminuir el papel del Estado en la actividad económica y la desregulación de la misma, con la intención de que las fuerzas del mercado asignen los precios a los bienes y servicios que el país produce.¹

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

¹ El término "ajuste" cuando se refiere a las acciones para restablecer el equilibrio en la balanza de pagos de una nación, incluye medidas de estabilización

Estas reformas estructurales han presentado un cambio en la formulación de políticas públicas, incluyendo la política explícita de población, y han significado un nuevo tipo de intervención del Estado en la economía a favor del capital.

Enmarcadas en grandes rubros que en la práctica comprenden además de la res-

con efectos en el corto plazo, sin embargo, ante lo limitado de los resultados, éste no se ha restringido al sector externo de la economía y pretende reducir el déficit interno del sector público, y por lo tanto hace necesario tomar una serie de medidas de política económica que incluyen devaluación de la moneda, austeridad fiscal con disminución del gasto público e incrementos tanto de la carga fiscal como de los precios de los bienes y servicios que ofrece el gobierno, además de restricciones salariales ya que se supone que estas acciones producen resultados relativamente fáciles de percibir en el corto plazo. Estas medidas tienen importantes efectos depresores sobre las condiciones de vida de la población, especialmente la que depende de un salario y la que es desplazada de la actividad productiva.

